
La Cena De Los Espíritus

Horacio Quiroga

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 9106

Título: La Cena De Los Espíritus

Autor: Horacio Quiroga

Etiquetas: Artículo, Cuento

Editor: Brian

Fecha de creación: 29 de julio de 2026

Fecha de modificación: 29 de julio de 2026

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Cena De Los Espíritus

La cena de los espíritus es de origen puramente indígena, como la velada del angelito, en que las ceremonias que deberían ser fúnebres se convierten en escenas de alegría, en bailes y banquetes.

La cena de los espíritus se celebra, en los más apartados rincones de los valles calchaquíes del norte, en la víspera del día de difuntos del calendario cristiano.

Ya hemos dicho que el indio cree que los que han muerto siguen viviendo, y por eso entierra sus cadáveres junto con provisiones de comida y yuros de agua y chicha, para que se alimente y para que beba.

En la fiesta anual que me ocupa, cada familia ofrece a su muerto más querido, muy en especial al ascendiente, una abundante cena para que beba y coma en ese día por todo lo que puede haber padecido de hambre y de sed durante el año. Al efecto, la víspera del día de difuntos se elige el animal más gordo de la hacienda del finado. La elección la hacen los de su familia y amigos de ésta, reunidos para ello aquel día y el siguiente.

El animal es asado en una gran fogata, y las achuras de la res se colocan sobre una gran mesa, desprovista de manteles, en el centro del cuarto que habitaba el difunto. Sobre esta misma mesa colócanse yuros llenos de aloja y de chicha, y de cuando en cuando montones de coca. Arreglada la mesa con los potajes y bebidas, a la oración se cierran las puertas del cuarto en el cual debe efectuarse la cena, dejándose entornada la de entrada, a fin de que el alma del muerto o de los muertos del hogar, penetre por ella y gasten, coman y beban de lo que se les ha servido. Para que las almas penetren a la pieza, es necesario que se guarde silencio profundo, que no se haga luz con el cigarro, y que se aten los perros, que suelen perseguirlas. Al día siguiente, después de haberse servido a las almas, los dueños de casa y sus amigos penetran a la misma pieza, a comer de las sobras de las almas, lo que efectúan después de haber libado con chicha y celebrado sus ceremonias con hojas enteras de coca.

El almuerzo y la comida del día son alternados con bailes y rezos. Lo que es el baile, en el que se beben muchos cántaros y damajuanas de chicha y de aguardiente, ha de

durar dos días más, sin más tregua que el tiempo necesario para tomar alimento.

Esta costumbre, tan generalizada en el valle calchaquí, es uno de los rastros más visibles de seres dobles, antigua creencia de los viejos habitantes de Yocavil, que ni la cultura europea ni el cristianismo han podido borrar.

Horacio Quiroga



Horacio Silvestre Quiroga Forteza (Salto, Uruguay, 31 de diciembre de 1878 – Buenos Aires, Argentina, 19 de febrero de 1937) fue un cuentista, dramaturgo y poeta uruguayo. Fue el maestro del cuento latinoamericano, de prosa vívida, naturalista y modernista. Sus relatos, que a menudo retratan a la naturaleza bajo rasgos temibles y horrorosos, y como enemiga del ser humano, le valieron ser comparado con el estadounidense Edgar Allan Poe.

La vida de Quiroga, marcada por la tragedia, los accidentes y los suicidios, culminó por decisión propia, cuando bebió un vaso de cianuro en el Hospital de Clínicas de la ciudad de Buenos Aires a los 58 años de edad, tras enterarse de que padecía cáncer de próstata.

Seguidor de la escuela modernista fundada por Rubén Darío y obsesivo lector de Edgar Allan Poe y Guy de Maupassant, Quiroga se sintió atraído por temas que abarcaban los aspectos más extraños de la Naturaleza, a menudo teñidos de horror, enfermedad y sufrimiento para los seres humanos. Muchos de sus relatos pertenecen a esta corriente, cuya obra más emblemática es la colección Cuentos de amor de locura y de muerte.

Por otra parte se percibe en Quiroga la influencia del británico Sir Rudyard Kipling (Libro de las tierras vírgenes), que cristalizaría en su propio Cuentos de la selva, delicioso ejercicio de fantasía dividido en varios relatos protagonizados por animales. Su Decálogo del perfecto cuentista, dedicado a los escritores noveles, establece ciertas contradicciones con su propia obra. Mientras que el decálogo pregona un estilo económico y preciso, empleando pocos adjetivos, redacción natural y llana y claridad en la expresión, en muchas de sus relatos Quiroga no sigue sus propios preceptos, utilizando un lenguaje recargado, con abundantes adjetivos y un vocabulario por momentos ostentoso.

Al desarrollarse aún más su particular estilo, Quiroga evolucionó hacia el retrato realista (casi siempre angustioso y desesperado) de la salvaje Naturaleza que le rodeaba en Misiones: la jungla, el río, la fauna, el clima y el terreno forman el andamiaje y el decorado en que sus personajes se mueven, padecen y a menudo mueren. Especialmente en sus relatos, Quiroga describe con arte y humanismo la tragedia que persigue a los miserables obreros rurales de la región, los peligros y padecimientos a que se ven expuestos y el modo en que se perpetúa este dolor existencial a las generaciones siguientes. Trató, además, muchos temas considerados tabú en la sociedad de principios del siglo XX, revelándose como un escritor arriesgado, desconocedor del miedo y avanzado en sus ideas y tratamientos. Estas particularidades siguen siendo evidentes al leer sus textos hoy en día.

Algunos estudiosos de la obra de Quiroga opinan que la fascinación con la muerte, los accidentes y la enfermedad (que lo relaciona con Edgar Allan Poe y Baudelaire) se debe a la vida increíblemente trágica que le tocó en suerte. Sea esto cierto o no, en verdad Horacio Quiroga ha dejado para la

posteridad algunas de las piezas más terribles, brillantes y trascendentales de la literatura hispanoamericana del siglo XX.

(Información extraída de la Wikipedia)